

engañar por sus protestas, hay que olvidar que son por sus votos un instrumento ciego del Pontificado; hay que olvidar que la ambición invariable de los Papas es dominar sobre los reyes y sobre los pueblos en nombre de un pretendido derecho divino. Hemos dado mil pruebas de ello en el curso de nuestros *Estudios*. Puesto que los hombres del pasado no cesan de engañar al mundo sobre los verdaderos designios de la Iglesia, nosotros no cesamos de desmascararlos con el testimonio de sus propios anales. En un siglo que, á pesar de retrocesos parciales, tiene vivas aspiraciones á la libertad, quisieran transformar el canonicismo en institucion liberal. Hemos opuesto las teorías y los pertus á aquella falsificacion de la Historia; citemos ademas las declaraciones oficiales emanadas de la Liga: « El primer deber de los reyes es conservar y mantener el honor de Dios y de la religion. Miétras las órdenes del rey y sus actos tiendan á la proteccion y á la defensa de la religion católica, estamos obligados á obedecerlas. Pero cuando, por el contrario, sus órdenes y conducta tiendan á la disipacion de la religion, no estamos obligados á obedecerle, sino á oponerlos á él.... (1). La Iglesia católica es la Iglesia de Dios; la raíz de esta Iglesia está en el cielo; ella es quien mantiene el estado del mundo; sin sus oraciones, la máquina de este universo no duraria ni un solo instante, y todo este mundo estaria en confusion » (2). ¿A dónde conduce semejante doctrina? A subordinar el Estado á la Iglesia y los reyes al Papa; á hacer del catolicismo la ley de todas las relaciones públicas y privadas. ¡Díganenos si quedaria todavía una sombra de independencía á la soberanía civil, una sombra de libertad á los individuos!

(1) Declaracion de los cónsules y escabinos de Lion de 1589 (*Archivos curiosos*, primera serie, t. XII, p. 309).

(2) Representaciones de los Estados de Blois al rey (*Memorias de la Liga*, t. III, p. 106).

### § III.—La reaccion religiosa.

#### N.º 1.—La educacion de los jesuitas.

Tal es el papel que los jesuitas han representado en las guerras, las insurrecciones y los complots que acompañaron á la reaccion católica. Esta es la parte odiosa de su historia. Si triunfaron en Alemania, fué á costa de torrentes de sangre derramada durante treinta años; fué á costa de la maldicion de los pueblos. En Inglaterra y en Francia fracasaron por completo; sus intrigas no causaron más que un efecto, producir el ódio de su nombre. Para ser justa, la reprobacion debia subir más arriba, porque como hombres de violencia, los jesuitas no han sido más que un arma en manos del Pontificado. La orden de Loyola ha tenido tambien otra esfera de accion ménos ruidosa, pero de una influencia más profunda y más duradera, la educacion de la juventud. Sigamos á los jesuitas en este terreno; es un título de gloria á los ojos de los católicos; á los de los libres pensadores es un título de condenacion.

Los jesuitas que han escrito la historia de su Compañía, hacen notar que es la primera comunidad religiosa que se ha propuesto por objeto la instruccion de la juventud; dicen que fué por un don especial de la Providencia, por una gracia divina (1): « No puede creerse, dice Ribadeneira, cuán provechosa es la educacion á la Sociedad de Jesus y á la fe cristiana; conserva á los niños católicos en la religion de sus padres, trae á ella un número infinito de niños pertenecientes á familias herejes, y los hijos convierten despues á sus padres » (2). Los colegios de los jesuitas fueron el gran instrumento de su propaganda. Ábrase la historia de la orden escrita por los reverendos padres, con fe y en el primer fervor religioso, y se leerá en cada página: la Compañía funda un co-

(1) *Acta Sanctorum*, Jul. VII, p. 469, núm. 313-317.—*Historia Societatis Jesu*, t. I, p. 2 y 42 (lib. I, núm. 5, lib. II, núm. 64).

(2) RIBADENEIRA, *Vita Loyolæ*, c. 24. (*Acta Sanctorum*, Jul. VII, 731.)

legio en tal ciudad; despues vienen los detalles sobre la prosperidad de aquellos establecimientos y su influencia sobre la renovacion del catolicismo. La historia de la orden es la historia de sus colegios. Un nuncio del papa los llama la fortaleza de la fe (1). Pudiera comparárselos á los colonias que los romanos enviaban á los países bárbaros, á fin de consolidar la conquista, extendiendo á su alrededor la lengua y la civilizacion de la metrópoli. Los colegios de los jesuitas fueron los centros de la reaccion católica.

Era fácil á los jesuitas impresionar el alma tierna de sus discipulos: es una cera, como dicen ellos mismos, á la cual el maestro da la forma que quiere (2). Empleaban su influencia para conservar en buen camino á los que eran ya católicos, y para atraer al seno de la Iglesia á los infectados por el veneno de la herejía. Porque era tal la reputacion de los colegios dirigidos por la Compañía, y debemos añadir, tal la candidez, tal la ceguedad de los reformados, que confiaban sus hijos á los reverendos padres. Se habia convenido en que los jesuitas no harian propaganda; ellos mismos nos dirán cómo correspondian á esta confianza de los padres: «*En apariencia*, dice el historiador de la orden, los protestantes no eran educados en la fe católica; pero los profesores se daban tal maña, que sus discipulos herejes se volvan los creyentes más celosos, y convertian á su vez toda la familia» (3). Oigamos tambien al historiador de la Compañía sobre lo que sucedió en Praga, en donde los Hussitas tuvieron la candidez de entregar sus hijos á los jesuitas: «Los espíritus sencillos y dóciles seguian fácilmente la mano que los dirigia, y abrazaban insensiblemente la fe de sus maestros. No costaba mucho trabajo para apartarlos de la lectura de libros heréticos; ellos mismos se hacian traicion mutuamente cuando uno ú otro tenta en su poder alguno de aquellos escritos apestados» (4). ¡Qué admirable es esta traicion mutua! y ¡cómo

(1) *Historia Societatis Jesu*, t. v, p. 288, núm. 46: «*Videri divinitus ad conservandam religionem, et expugnandam impietatem genitam provecamque et roboratam hanc ad rem*» (1586).

(2) *Historia Societatis Jesu*, t. II, p. 23, núm. 103.

(3) *Historia Societatis Jesu*, t. II, p. 25, núm. 108: «*Ita erudiebantur ut nominatim minime vocarentur ad fidem catholicam.*»

(4) *Historia Societatis Jesu*, t. I, p. 400, núm. 21: «*Nulla negotio ab librorum*

no se manejaban los jesuitas para desarrollar el sentimiento moral en la juventud! Lo mismo sucedió en todas partes. En Viena, y en toda la Alemania inferior, los hijos protestantes educados por la Compañía convertian á sus padres: «daban la vida inmortal á aquellos de quienes habian recibido la vida mortal» (1).

Ya sabemos, pues, por los jesuitas mismos el designio que se proponian en su enseñanza. Un escritor ilustre que ha poetizado el cristianismo, hace tambien un cuadro poético de la educacion de los jesuitas: «Eran extraordinariamente agradables á la juventud, dice *Chateaubriand*; sus maneras elegantes quitaban á sus lecciones el tono pedantesco que repugna á la infancia. Como la mayor parte de sus profesores eran hombres de letras rebuscados en el mundo, los jóvenes no se creian sino en una ilustre academia. La Europa sabia ha sufrido una pérdida irreparable con los jesuitas. Naturalistas, botánicos, químicos, matemáticos, mecánicos, astrónomos, poetas, historiadores, traductores, anticuarios, periodistas, no hay una rama de las ciencias que los jesuitas no hayan cultivado con brillo.» La realidad está muy lejos de responder á este ideal. ¿Cuál es el objeto de la instruccion y de la educacion? El desarrollo de las facultades intelectuales y morales del hombre. ¿Y cuál es el fin de la educacion de los jesuitas? «El fin á que aspira la Compañía, dice Loyola, es ayudar á las almas de sus miembros y á las de sus prójimos á alcanzar la bienaventuranza final para que han sido creados. A este efecto, hay que unir la ciencia al ejemplo de una vida pura. Así que, despues de haber echado en el espíritu de los novicios el fundamento sólido de la renuncia de sí mismo y del progreso en la virtud, se ocupará del edificio de las bellas letras á fin de llegar más facilmente á conocer mejor y honrar mejor á Dios.» La piedad es el fin, hé aquí lo perfecto; pero ¿qué era la piedad en el siglo xv? ¿qué es todavía hoy? «En el Colegio germánico de Roma, dice un reverendo padre, se disponia á los discipulos á odiar la herejía y á reveren-

*lectione hæreticorum abducebantur, seseque prodebant invicem si apud quem ejusmodi pestium quidquam viderent.*»

(1) *Historia Societatis Jesu*, t. II, p. 201, núm. 168; t. III, p. 16, núm. 119, t. II, p. 133, núm. 110.

ciar la majestad y la santidad de la Iglesia romana» (1). ¿Cómo se llegaba á inspirar esta idolatría de la Iglesia y este ódio de las sectas? La herejía es la manifestación del libre pensamiento, es la sublevación de la razón contra una dominación ejercitada en nombre de una pretendida fe revelada. Para subyugar la razón bajo esta tiranía, para impedir el ejercicio legítimo de una facultad divina, es preciso humillarla ante la fe; en lugar de desarrollarla, es preciso detenerla ó viciarla hasta el punto de que renuncie para siempre á abrir los ojos á la Luz. La educación de los jesuitas es la educación que los Escitas daban á los esclavos; á fin de tener servidores obedientes, les sacaban los ojos. Los jesuitas quieren formar discípulos que han de ser, lo mismo que sus maestros, instrumentos en las manos de Roma; ciegan su inteligencia. Lo que decimos de la educación de los jesuitas, puede decirse de toda educación católica; porque la educación católica tiene por fin supremo la religión: ahora bien, el catolicismo está basado en una revelación milagrosa; estando el fin en oposición con la razón es de necesidad impedir su desenvolvimiento. Puesto que la razón no puede aceptar la revelación, la razón debe doblegarse, y para que se doblegue, la Iglesia la destruye ó la corrompe.

Se dirá que calumniamos á los jesuitas y al catolicismo. Los jesuitas contestarán por nosotros. Los establecimientos que fundaron en el Paraguay son celebrados por los escritores de la Compañía como el tipo de una sociedad cristiana (2). Veamos cuál era este ideal. Los niños aprendían á leer y á escribir dos lenguas, el español y el latín; copiaban admirablemente y cantaban con primor; pero no comprendían ni una palabra de lo que escribían; no entendían ni una palabra de los himnos por los cuales celebraban las alabanzas de Dios! Hé aquí, como hemos dicho, máquinas. El desarrollo intelectual era, pues, nulo. ¿Cuál podía ser la moralidad de estos autómatas? Estaban enseñados á la obediencia hácia los reverendos padres, del mismo modo que los discípulos de Loyola son obedientes á su maestro: á esto estaba reducida

(1) *Historia Societatis Jesu*, t. II, p. 124, núm. 64.

(2) «Los jesuitas habían hecho del Paraguay un paraíso sobre la tierra.» (VEUILLOT.)

toda la moral, toda la religión de los indios. Niños bajo el punto de vista de la inteligencia, siguieron siendo también niños por las demás facultades del alma. Los hechos lo prueban. Los jesuitas habían dirigido durante tres generaciones la educación de la tribu de los Guaranis. ¿Qué llegaron á ser los indios cuando la Compañía fue arrojada del Paraguay? Se volvieron á sus bosques. Eran máquinas que se pararon en cuanto faltó el mecánico que las hacía andar (1).

Hé aquí el ideal de la educación jesuítica; ¿tenemos razón en decir que consiste en impedir el desarrollo de las facultades del hombre ó en viciarlas? Felizmente para la humanidad, los jesuitas no han podido realizar su ideal en el mundo europeo como lo hicieron en el Paraguay, pero las tendencias son las mismas. Se elogian sus establecimientos de instrucción de los siglos XVI y XVII. Quien dice instrucción, dice desarrollo de la inteligencia, progreso. La edad moderna es, en efecto, la edad de la emancipación de los espíritus, la época de los grandes descubrimientos de la ciencia, de los trabajos filosóficos, históricos, literarios. ¿Qué papel han desempeñado los jesuitas en este movimiento? No les faltaron hombres inteligentes; sin embargo, encontramos siempre á la Compañía entre los enemigos de la razón y del progreso. Copérnico enseña que la tierra gira al rededor del sol; la Sociedad de Jesús contaba en su seno sabios astrónomos: ¿se apresurarán á adoptar la verdad que sustituye al error? Léjos de eso. Rechazan la luz, prohíben profesar la verdad, hacen el papel de inquisidor: y los que toman esta singular iniciativa son jesuitas astrónomos! (2). Nada más lógico. ¿Qué importa la ciencia á la Compañía y al catolicismo? Para los jesuitas y los católicos, la ciencia no es más que un instrumento: cuando el instrumento amenaza volverse contra aquellos que se sirven de él, se le rompe. Los descubrimientos de Copérnico comprometían la autoridad de la Biblia y de la revelación: se trató de ahogarlos, como la Inquisición obligó á Galileo á retractarse: más vale la Sagrada Escritura con sus errores, que toda la ciencia del mundo, porque la Biblia da el po-

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte* (t. III, 2, § 61, nota 16).

(2) HENKE, *Kirchengeschichte*, t. III, p. 270.

der y la dominación, al paso que la ciencia emancipa el espíritu humano.

En el siglo XVII, Descartes verificó en la filosofía una revolución tan importante como la de Copérnico y de Galileo en la astronomía. Los jesuitas enseñaban las ciencias filosóficas; ¿abandonarán la vieja rutina de la escuela por el nuevo sistema? La Compañía fué la enemiga encarnizada del filósofo francés: «En cuanto se manifiesta la filosofía cartesiana, dice *M. Cousin*, á pesar de todas las precauciones de Descartes, se deciden los jesuitas á combatirla. Persiguieron con una violencia tenaz á los mejores discípulos de Descartes, en la Universidad, en el Oratorio, y en su propio seno, durante más de cuarenta años.... ¿Por qué esta persecución? Los jesuitas estaban aferrados á las doctrinas de Aristóteles, porque la doctrina peripatética era antigua, admitida por la tradición y la autoridad; rechazaron el cartesianismo, porque era nuevo, porque contenía en sí un atrevimiento generoso, el sentimiento enérgico del derecho y de la dignidad del pensamiento.... Al parecer combatieron los jesuitas por Aristóteles, pero en realidad á quién atacaban era á la razón humana, y todos los golpes que cayeron sobre el cartesianismo, iban dirigidos á la filosofía misma» (1).

Los jesuitas eran muy consecuentes; su *Plan de estudios* nos dirá qué es la enseñanza filosófica en manos de la Compañía, como en todo establecimiento católico: «*Los profesores de filosofía deben haber estudiado un curso de teología durante dos años, á fin de que su enseñanza sea más segura, y de que su doctrina esté en una completa dependencia de los dogmas teológicos. Si sucediese que se dejan llevar por la novedad ó por un espíritu demasiado libre, se los debe separar cuanto antes de sus cátedras*» (2). ¡Hé aquí la filosofía de los jesuitas! La filosofía es en esencia el libre pensamiento. La Compañía de Jesús no quiere la libertad de pensar; si por ventura se deslizasen en su seno hombres de espíritu independiente, les impone silencio, y en caso de necesidad los encierra en la Bastilla, como lo hizo con el padre Andres, culpable

(1) COUSIN, *Jascal*, p. 74-76.

(2) *Ratio studiorum Societatis Jesu (Romæ, 1616)*, p. 4, núm. 16.

del crimen irremisible de no haber querido tratar á Malebranche de ateo. Pero no tenemos razón en acusar á los jesuitas. Su *Plan de estudios* no hace más que consagrar la doctrina católica: la filosofía ha sido y será siempre en el catolicismo *la servidora de la teología*.

La historia, ese testigo irrecusable, cuando se le deja decir la verdad, no era más del agrado de los jesuitas que la filosofía y la astronomía. No la enseñaban en sus colegios y con razón. Cuando escribían la falseaban, en cuanto tocaba á la Iglesia y á sus pretensiones. Un sínodo de París reprobó el culto de las imágenes, tal y como había sido consagrado por el concilio de Nicea, tal y como es aún hoy practicado por la Iglesia romana. Esta protesta contra la idolatría católica molestaba á los jesuitas y contrariaba su amor por las supersticiones. ¿Qué hizo el doctor más sabio de la Compañía? *Bellarmino* sostuvo atrevidamente que el concilio de París era una falsificación protestante (1). Sin embargo, la pretendida falsedad resulta ser una verdad, reconocida hoy por los mismos católicos! La historia es tan peligrosa como la filosofía para la ambición de la Iglesia; hé aquí por qué no agrada á los jesuitas. ¿Se encuentra en el seno de la Compañía algún escritor hombre honrado? pues se ve obligado á guardar silencio, porque no se le permite decir la verdad. El jesuita alemán Brunner, encargado por el archiduque Maximiliano de escribir la historia de Baviera, se detuvo en el año 1314, cuando Luis el Bávaro fué elegido emperador. Esta era la época más gloriosa para la patria del historiador: ¿por qué, pues, no continuó? Brunner nos lo dice: «Deja á una pluma más libre el cuidado de continuar su obra; deja la suya, á su pesar, porque teme las censuras y las acusaciones, y tal vez las persecuciones.» En efecto, hubiese sido preciso poner de manifiesto las violencias inauditas de los papas de Avignon; hubiese sido preciso justificar la resistencia que les opuso el emperador de Alemania, ó hubiese sido preciso alterar los hechos: *Brunner* prefirió callarse.

Quedan las bellas letras, el estudio de las lenguas: esta es la gloria de la educación jesuítica. Ciertos estudios literarios se her-

(1) BELLARMINUS, *De cultu sanctorum*, lib. II, *fine*.

manan perfectamente con la dependencia servil del espíritu; puede un hombre pasarse la vida en escudriñar cuestiones de filología y de antigüedades, sin dejarse animar ni un instante por un movimiento de libre pensamiento: hé aquí por qué los jesuitas cultivan con preferencia las lenguas, y sobre todo las lenguas muertas. Pero aún en este terreno, la Compañía no ha producido un solo hombre extraordinario; cuenta con talentos más ó menos estimables, pero no posee un genio. Es que el genio exige libertad, y entre los jesuitas reina la servidumbre más absoluta: el hombre se convierte en un cadáver. No teniendo en sí ningún principio de vida, ¿cómo habian de comunicar la vida á la juventud de las escuelas? Hay también mucho que rebajar de la reputación que se les ha atribuido como maestros de lenguas, si hemos de creer á un miembro de la Compañía, y uno de los más ilustres, *Mariana* (1). Pero no queremos disputarles el honor que les corresponde; hagamos constar únicamente que falsean la literatura del mismo modo que falsean la historia. El *Plan de estudios* quiere que se expurgue á los poetas de Roma y que se les de una apariencia cristiana; la intención, por más que sea excelente, prueba cuán mezquinos son los sentimientos de la Compañía. Nosotros no tenemos en nuestros colegios ediciones expurgadas; ¿es por eso menor nuestra moralidad?

«Qué importa? dirán los celosos. Lo que á vuestros ojos es un vicio, es para nosotros una virtud; preferimos una generación religiosa, católica hasta la ceguedad, á una juventud sabia, inteligente, pero incrédula ó indiferente.» A los que quieren la restauración de la Edad Media, no hay nada que contestarles, puesto que tienen ojos para no ver y oídos para no oír. Hay católicos menos fanáticos que no creen incompatible la razón con la fe, y que desean, por consiguiente, el desarrollo de la inteligencia. Hay que enseñarles en qué consiste la piedad en que se educa la juventud en los colegios de jesuitas. Aun hay padres, más ó menos hostiles á la Iglesia, que confían sus hijos á los reverendos padres; importa que sepan en qué ideas se los educa. Lo que vamos á de-

(1) *MARIANA*, *Discurso de los defectos del gobierno de los jesuitas*, c. 6. (*Mercurio jesuita*, t. I, p. 116.)

cir puede parecer historia antigua; pero la historia antigua, en todo lo que se refiere al catolicismo, es siempre historia moderna: ¿no es inmutable la Iglesia romana como la verdad eterna?

## N.º 2.—*Las supersticiones jesuíticas.*

### I.

Se lee en el periódico de *L'Estoile* que la doctrina de los jesuitas «está compuesta de dos especies de devociones, una afectada para las damas, otra grosera para el vulgo, que puede llamarse superstición, en la que el pueblo bajo se deja fácilmente enlazar y atraer por aquellos que hacen tráfico y lucro de esta mercancía, como todos los jesuitas que son fuertes en achaque de ceremonias y á los cuales tengo por verdaderos enemigos de la religión» (1). La superstición volvió, en efecto, á florecer por donde quiera que se establecieron los jesuitas. Apenas fundó la Compañía un colegio en Tréveris, mostráronse allí públicamente las reliquias, lo cual no se había hecho hacía muchos años por indiferencia del pueblo. «El colegio de Halle, dice el historiador de la orden, produjo los frutos que se esperaban: la veneración de los santos, las oraciones por los difuntos, las procesiones, que habían caído en desuso, son restablecidas con gran beneficio de la ciudad.» En Ingolstadt, los discípulos de los jesuitas hicieron peregrinaciones para fortificarse «por el rocío celestial que emanaba de los sepulcros de los santos.» Lo mismo sucedió en Suiza: el culto de las imágenes milagrosas reapareció con los reverendos padres (2). Los jesuitas no se contentaron con el catolicismo de la Edad Media, ya tan rico en obras exteriores; inventaron otras nuevas. Su piedad era grande, lo queremos creer; pero tenía afán de mostrarse, de exhibirse: de aquí un culto cada vez más material, como si la religión consistiese prin-

(1) *L'ESTOILE*, *Diario*, t. III, p. 283 (*PETITOT*, t. XLVIII).

(2) *Historia Societatis Jesu*, t. II, p. 202, núm. 176; t. III, p. 289, núm. 90.—*RANKÉ*, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 34, 122, 18.

principalmente en hablar á los ojos; no se adoró ya solamente á Cristo, se adoró la cruz, se adoró el corazón ensangrentado de Jesús; después vinieron los amuletos, los talismanes, las imágenes que hablaban, las que se movían, las que sudaban sangre, verdadero paganismo cristiano. Para alimentar estas supersticiones, la Compañía organizó mil cofradías: cofradías del nombre de Jesús, cofradías del cordón, cofradías de la Virgen, cofradías del rosario, cofradías de los abades y otra infinidad (1). Se cultivó la credulidad por sistema. En el colegio germánico de Roma se inclinaba á la juventud alemana á la piedad, «y sobre todo á las prácticas que la impiedad de los protestantes había tratado de destruir» (2). Era un buen cálculo: con sus pequeñas devociones, los jesuitas atraían y encadenaban los pequeños espíritus, es decir, la inmensa mayoría de los hombres.

El regreso al antiguo culto tenía algo de artificial, en el sentido de que era calculado. Hay que añadir que el jesuitismo, por el mero hecho de ser una reacción religiosa contra el movimiento protestante, debía conducir á una reerudescencia de las devociones católicas, porque el catolicismo práctico no se componía, por decirlo así, más que de obras exteriores. El fundador de la orden, Loyola, puso una fuerte inteligencia y un carácter de hierro al servicio de estas mil y una supersticiones. Es innegable su buena fe. Cualquiera esperaría encontrar en San Ignacio el principio de astucia, íbamos á decir de doblez, que caracteriza la política de su Compañía; admira encontrar más bien un hombre entusiasta hasta la locura que un diplomático. Empezó su carrera santa por una peregrinación á Monserrat, en donde había una imagen milagrosa de la Virgen; desde aquel momento se entregó por completo al servicio de la Madre de Dios. Frecuentes apariciones le probaron su existencia divina; se le apareció con el niño Jesús, para indicar que sería la patrona de la Sociedad cerca de su Hijo (3). Loyola llevaba siempre consigo una imagen de la Virgen,

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 60, nota 23.

(2) *Historia Societatis Jesu*, t. V, 1, p. 314, núm. 11.

(3) *Acta Sanctorum, Jul.*, t. VII, p. 414, núm. 29. — *Historia Societatis Jesu*, t. I, p. 4, núm. 13.

y decía que en mil ocasiones había experimentado los beneficios de su apoyo omnipotente (1).

La devoción de Loyola por la Virgen se transmitió á sus discípulos. Se decidieron contra los dominicos por la Inmaculada Concepción de la Madre de Cristo. Santo Tomás de Aquino, el gran doctor de la Edad Media, había rechazado aquella nueva superstición; los jesuitas quisieron ser más devotos que los santos, además de que esta era una excelente ocasión de rebajar á los rivales: la superstición acabó por triunfar sobre la tradición y el buen sentido (2). Los hombres más notables de la Compañía se distinguían ante todo por su devoción hacia María: Borgia, general de la orden, es celebrado por el historiador de la Sociedad, por haber extendido el culto de la Virgen, culto que era ya una verdadera idolatría (3). Otro general de los jesuitas les recomendó la adoración particular de la Santa Virgen, «patrona generosa que procuraba á sus devotos todos los dones celestiales: ¿no era justo que los que se llamaban la milicia del Hijo, profesasen un respeto singular á la Madre?» (4). Este culto era calculado, como toda la piedad de los jesuitas. Trataban de pasar por los favoritos de la Virgen; así es que no dejaron ninguna ocasión de hacer ver que si ofrecían á la Madre de Dios homenajes extraordinarios, ella les pagaba con creces, honrándoles con una benevolencia completamente especial (5). Si la protección divina estaba en relación con la extravagante pasión de los adoradores de María, los jesuitas debían ser los niños mimados del buen Dios: uno de los reverendos padres llegó hasta á desear que el mundo entero no fuese más que un rosario! (6).

Lo que nosotros llamamos superstición, lo celebran los católicos como el ideal de la piedad, y cuidan de oponer á los incrédulos la influencia benéfica que el culto de la Virgen produce sobre los fieles. Por esta razón habría que restablecer los altares de Júpiter

(1) *Acta Sanctorum, Jul.*, t. VII, p. 533, núm. 650.

(2) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 60, nota 19.

(3) *Historia Societatis Jesu*, t. I, p. 318, núm. 49.

(4) *Historia Societatis Jesu*, t. V, 1, p. 277, núm. 3.

(5) *Historia Societatis Jesu*, t. IV, p. 2, números 7 y 8.

(6) *Historia Societatis Jesu*, t. V, 2, p. 781, núm. 14.

y de Apolo, porque los historiadores antiguos están llenos de ejemplos de piedad y de virtud, fruto de la adoracion de los ídolos; y en realidad, toda religion, aunque viciada por el error, es benéfica. Pero la medalla tiene su reverso: en la antigüedad los cultos materiales contribuyeron á corromper las costumbres. Al dar formas materiales al espiritualismo cristiano, ¿no corrian los jesuitas el riesgo de restaurar el materialismo con colores espirituales? La imágen de una mujer jóven y bella, que los devotos tenian incesantemente ante los ojos, exaltaba su imaginación y les inspiraba pensamientos que no siempre eran muy puros. Oigamos al historiador de la órden: «Un reverendo padre, arrebatado por la belleza inexplicable de la Virgen, fué trasportado hasta el punto de que se le viera suspendido en el aire» (1). Este es un milagro del género de los de San Cupertino; pero dudamos que los trasportes de los jesuitas se hayan manifestado siempre de esta manera; el historiador de la Compañía nos inspira estos escrúpulos. Cuenta que un novicio murió en 1581 en el colegio de Roma; tenía que sostener rudos combates contra el demonio, dice, pero la Santa Virgen le sostuvo y le fortaleció haciéndole beber la sangre de su Hijo, «y aún de tiempo en tiempo le daba á gustar la dulzura de sus sagrados pechos» (2). ¡Hé aquí el culto que forma la base de la piedad en los colegios de los jesuitas! Formáronse desde muy al principio cofradías para la adoracion de la Virgen: fundadas primeramente en Génova, en Perusa y en Roma, se extendieron rápidamente por el mundo cristiano, bajo la influencia de los jesuitas. Una bula de Gregorio XIII las aprobó y les concedió indulgencias, «para inspirar á la juventud buenas costumbres y verdadera piedad» (3). El *Plan de estudios* mandó introducir estas asociaciones en todos los colegios: «Los profesores, dice, deben ante todo recomendar á sus discípulos el culto de la Santa Virgen» (4). A los que sostienen que una supersticion, es

(1) *Historia Societatis Jesu*, t. IV, p. 239, núm. 290.

(2) «*Subinde etiam de suis sanctissimis mammis gustandam dulcedinem praebebat.*» *Historia Societatis Jesu*, t. V, I, p. 12, números 58 y 59.

(3) *Historia Societatis Jesu*, t. II, p. 268, núm. 7. — *Bullarium Magnum*, II, 517.

(4) *Ratio Studiorum*, p. 22, núm. 23.

decir, un error del espíritu no es propio para cultivar la inteligencia y el corazón de los niños, responden los jesuitas que los milagros prueban á un mismo tiempo la divinidad de su protectora y el apoyo que presta á sus adoradores (1). ¡De modo que una supersticion es probada y confirmada por otra supersticion!

Las extravagancias del culto de la Virgen nos revelan el espíritu que anima á la Sociedad de Jesus. La devocion se mezcla tanto en ella con el cálculo, que se duda á todas horas si se tiene delante hombres verdaderamente piadosos ó bribones que explotan la credulidad humana. San Ignacio está habitualmente en relacion con Jesucristo, lo ve á cada paso. ¿Qué pensar de un hombre que dice que cree ver lo que no existe? Ve también á Dios Padre; ¿cómo dudar de ello? ¡La vision está hecha constar en una inscripcion! Hay más. Los católicos tienen un misterio que los más grandes teólogos no han podido comprender, por la excelente razon de que es incomprendible; pues bien, Loyola lo ve con los ojos del cuerpo, ve la Santísima Trinidad (2). Dan ganas de dudar de la razon de este hombre; sin embargo, sus visiones, si bien rayaban en la locura, también tenían su lado útil, porque permitian á Loyola dar á su institucion la autoridad de una ley divina. El santo tuvo un éxtasis que duró ocho dias; entónces recibió la inspiracion milagrosa de las reglas de su Sociedad. ¡Véase para qué sirven los éxtasis! El historiador de la órden tiene buen cuidado de hacer notar que las constituciones de la Compañía fueron escritas bajo el dictado del Espíritu Santo, que fueron reveladas, lo mismo que las verdades fundamentales del cristianismo (3).

Las supersticiones eran el cebo grosero con que los jesuitas atraian á las masas á las redes del catolicismo. Un hombre del siglo XVI, testigo ocular de la reaccion católica, nos dice que los reverendos padres conquistaban el pueblo con sus *melindres* (4). No nos admiremos, pues, de que Loyola cultive y conserve esta

(1) *Historia Societatis Jesu*, t. V, I, p. 165, núm. 15.

(2) *Historia Societatis Jesu*, t. I, p. 7.

(3) *Historia Societatis Jesu*, t. I, p. 52, núm. 116; p. 235, números 63-66.

(4) PASQUIER, *Investigaciones sobre la Francia*, p. 312 (lib. II, c. 42).